

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

N.º 19

MADRID 14 DE SEPTIEMBRE DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



LA HIENA.

La hiena tiene su cabeza inclinada, sus ojos encendidos, su boca que anuncia un gruñido sordo, forman un conjunto de ferocidad que espanta. Aquella crin siempre erizada y que se extiende por todo el cuerpo, es una señal de cólera y casi de rabia, al mismo tiempo que sus piernas dobladas como para andar con precaución y sin meter ruido, señalan la baja, y en efecto este es su propio carácter.

Este animal dañino es del tamaño de un perro grande, y su armazón trasera un poco más baja que la delantera; tiene la cola corta y colgante, y la cabeza termina en un hocico grueso y obtuso. No tiene sino cuatro dedos en cada pie, armado de uñas cortas, gruesas, fuertes, y à propósito para ahondar la tierra. Su lengua es áspera, y sus ojos grandes y brillantes tienen una vislumbre sombría; ve de noche tan bien como de día, y su mandíbula está guarnecida de dientes fuertes é incisivos.

La hiena vive salvaje y solitaria; elige para madriguera las cavernas de los montes, las hendiduras de las rocas, ó bien se construye una nueva. Es tan feroz, que nunca se ha conseguido domesticarla. Vive de la presa; pero como si la naturaleza hubiese querido que esta bestia espantosa fuese enteramente horrible, le ha dado gustos depravados. Prefiere á las presas vivas las carnes más corrompidas. Se introduce de noche en los cementerios, levanta las piedras de los sepulcros, ó cava profundamente por debajo para sacar pedazos del cadáver que devora con asquerosa ansia. Es cobarde y cruel. Jamás ataca de frente ni queda saciada; y es tan voraz, que se juzga que tiene la propiedad de arrojar los alimentos que le sobre cargan el estómago, para devorar otros nuevos. Ronda sin cesar al rededor de los sitios habitados, y según dicen los naturalistas, su grito siniestro se parece á los sollozos de un hombre que vomita con mucho esfuerzo. Su pelo de un blanco sucio entreverado de rayas negras, colocadas de una manera irregular, le dan un aspecto lúgubre que completa el conjunto más espantoso y repugnante.

Estos rasgos generales son los únicos conocidos de la hiena, y se deja entender que no ha sido fácil estudiarla sino matarla. Se ignoran por lo mismo sus costumbres, ni cómo se maneja para acechar y coger su presa, y mucho menos cómo cria sus hijos y cuántos echa á la vez; pero en cuantas se han acogido se ha hecho una

observación confirmada por numerosos testimonios, y es la de que en el momento que se levanta para huir ó correr, se presenta coja de la pata izquierda, y que esta cojera que le dura unos cien pasos, es tal, que se diría que va á caer.

Las hienas son raras y no se encuentran sino en algunos puntos del Africa y Asia, en donde parece que todos los animales más carnívoros han ido à buscar un asilo, como para devorarse allí recíprocamente.

S. P.

EL ALFILER.

Cuantas veces venia Luisa á almorzar y à comer con la familia de Germot, el padre y la madre se ponian en frente uno de otro, y los niños en los extremos opuestos de modo que Luisa quedaba tan distante de Alfredo, cuanto era el espacio que comprendía la longitud de la mesa. El poder del hábito es tal que aunque entrambos se hallaban solos se colocaron en los puestos que estaban acostumbrados à ocupar; mas de repente se levantó Alfredo, tomó su cubierto y se sentó junto à Luisa à quien encantaba aquella amabilidad.

— Hermano, le dijo, hé aqui lo que es un noble corazón; veo que no guardas rencor alguno, y en cambio te dispensaré del sermón que mi prudencia te preparaba.

— Eres generosa, respondió Alfredo; y apretó suavemente la mano que Luisa había dejado caer sobre su asiento; ofreció después servirla, portándose con mucha atención, escogiendo con preferencia lo que sabía le era más agradable, sirviéndola frecuentemente el vino, sin consentir que moviese los brazos ni aun para tomar la sal, y queriendo esta mudarle sus platos.

Luisa no le oponía la menor resistencia, bien que crecía su admiración à medida que se multiplicaban sus atenciones.

— Hermano, dijo al fin, te desconozco al ver cuánto te incomodas por mí.

— No es extraño, replicó Alfredo, estamos solos y no hay nadie, gracias à Dios, que nos sirva: por lo tanto es preciso que alguno de los dos desempeñe este oficio.

— Ya lo veo, hermano, pero hasta hoy, le he desempeñado yo ciertamente.

— Me pesa de ello, Luisa. Hacia muy mal.

— No digo yo tanto; pero al fin estaba acostumbrada à que siempre me dijese: Luisa, dame esto, hermana dame aquello.... Al presente eres tú quien me sirve con tanto afán, que ni tiempo siquiera me dejas para respirar ó responder una sola palabra.... Pero por fortuna tú ya, hermano, una sola vez no arguye compromiso....

— Luisa, me parece que no he sido como me pintas, y aunque tengo buena memoria, no me acuerdo de esos hechos, y te aseguro que en adelante me portaré contigo como lo hago en este momento, si yo....

Iba à decir, si me quedo aqui; pero le faltó la voz. Luisa notó esta reticencia y no hubiera dejado de pedirle explicación si à la sazón no hubiese venido muy oportunamente Margarita à decirle que sus padres le llamaban. Luisa se levantó alegremente y tendió la mano à Alfredo como para llevarle consigo y obedecer.

— No, no, dijo Margarita, el amo ha llamado solamente à la señorita Luisa. Esta partió saltando y riendo.

— Y bien! dijo la criada, ¿no habeis comido?

— No tengo apetito, respondió Alfredo suspirando.

El infeliz jóven se puso triste y meditabundo. Por qué se haría llamar à Luisa y no à él! Pobre Luisa!... ¿Iria à tomarle cuenta de su resistencia? Era justo que por él se le hiciese sufrir? Afortunadamente está allí su madre y tomará su defensa. Sin embargo, quién sabe si Luisa la necesitará. Quizá ni madre no piensa como mi padre. Ella estaría tan contenta en este instante, cuando él estaba tan triste! — Y la idea de que Luisa no le amaba oprimió al desgraciado Alfredo. Se sentó anonadado quedando largo tiempo sumergido en una profunda meditacion, y creciendo después por grados su inquietud, le fue imposible permanecer quieto allí. Iba, venia, se sentaba, levantábase, iba y volvía sin cesar.

En fin, después de más de una hora de verdadera agonía, tegó su vez à Alfredo. Esperaba impaciente este momento y cuando llegó, le pareció se anticipaba demasiado, y que apenas había tenido tiempo de reflexionar sobre su crítica posición.

Al dirigirse à la biblioteca sentía que le aban-

donaban las fuerzas y que respiraba con trabajo.

Al entrar en ella advirtió à primera vista que allí habia mediado una viva esplicacion. Su padre, pálido por lo regular, tenia la tez encendida, sus ojos brillaban, y se notaba en todo su rostro una expresion exaltada que no le era habitual. Luisa tenia los ojos colorados como en señal de que habia llorado; y la que antes estaba tan festiva y animosa, era ahora tímida y reservada; no levantó la cabeza para saludar à Alfredo, y casi maquinalmente dió algunos pasos atrás.

Apenas se dejó ver Alfredo cuando su madre se presentó, y al verle tan pálido le alentó, estrechándole suavemente la mano. No se atrevió à hacer mas.

Estos cuatro personajes permanecian silenciosos. Mr. Germot hizo señal à Alfredo de que se acercase; se sentó, hizo sentar à su muger, y dejó en pie à los dos niños.

— Alfredo, hijo mio, este momento es grave y solemne. Va à tratarse de toda tu vida, y por consiguiente de nuestra comun felicidad. Aunque eres todavia muy jóven, ya se trata de disponer de tí, y lo que es peor, sin consultar nuestra voluntad. Cuentan tambien con tu persona, y entrarás en el número de los muchos que han sido ya alistados. ¿Qué le importa el llanto y la desolacion de una familia, si de este modo adquiere un hombre mas, cuya vida se pueda sacrificar? Este acontecimiento nos hubiera sorprendido si un amigo leal no me hubiera informado muy à tiempo. Sin el aviso de este querido amigo seria ya demasiado tarde.

— Buen amigo, dijo enre dientes Mme. Germot.

— Pero tenemos un recurso, Alfredo; sí, un recurso grave. Tú lo decias, tú mismo lo decias esta noche; soy muy jóven; pero tambien es cierto que la felicidad no se alcanza sino con la prudencia y una firme voluntad. Es asunto que no todos saben calcular y que exige mucha consideracion. Yo comprendia la tuya conforme debia; tú la has comprendido de otra suerte....

Alfredo se cubrió de palidez.

— Yo haré lo que quisiéreis, padre mio, dijo casi con voz apagada, pero no tardó en añadir: y lo que determine mi madre.

Alfredo miró à su madre con un aire de humildad.

— Bien, bien, dijo Mr. Germot. Eres muy buen hijo, Alfredo.

— Sí, sí, muy bueno. Oh! ya me lo presumia yo, dijo Mme. Germot enagenada é impaciente; escucha, Alfredo. Ves cuán bondadoso es tu padre, porque es la personificacion de la bondad; solo aspira à tu dicha, hijo mio... pero en cambio, ¿no harás tú la suya? Déjate guiar por sus consejos, llegarás à ser hombre, y à mas de eso, hijo mio, nunca olvidarás que tu padre ha sacrificado su reposo à tu felicidad. Es preciso que te cases, entiendes... Aquí tienes la muger que tu padre te destina.

Mme. Germot cogia la mano de Luisa, la cual estaba trémula y avergonzada, teniendo humillada la vista y los ojos arrasados de lágrimas.

Alfredo se volvió à su padre, que dominado por su emocion dió à entender por sus gestos que consentia. Alfredo se precipitó à sus brazos mientras Mme. Germot estrechaba à Luisa entre los suyos.

Quince dias despues se celebró este matrimonio, y al siguiente de él se publicó el decreto de los guardias de honor.

Mr. Germot, con el *Monitor* en la mano, en-

tró en el cuarto de los recién casados, y abrazando à Luisa con ternura, dijo:— Tú mereces con justicia el titulo de hija, y ahora de hija idolatrada, toda la vez que te debo mi hijo.

(Continuará.)

INDUSTRIA.

Consideraciones históricas acerca de los ferrocarriles y de las locomotivas.— Caminos de hierro en Inglaterra.— Caminos de hierro en los Estados- Unidos.

(CONTINUACION.)

A pesar de tan costosos dispendios, los resultados de los caminos de hierro en Inglaterra son cada dia mas importantes, y si no se han obtenido aun las incalculables ventajas que se aguardaban, no hay duda en que economizando algun tanto los gastos por una parte, lo cual puede hacerse sin dificultad y completando por otra tan maravillosos trabajos, se acabará por cambiar enteramente el aspecto de la industria, proporcionándola con este sistema de comunicaciones, ventajas que acaso desconocemos hoy.

Caminos de hierro de los Estados- Unidos. Los americanos han debido seguir en la construccion de sus ferro-carriles distinto rumbo que los pueblos de Europa. La inmensidad del territorio y los desiertos que aun separan à los diferentes estados de la union, reclamaban imperiosamente el establecimiento de un número inmenso de prolongadas líneas que se uniesen entre sí, é desembocasen en los canales. Poco tiempo hace que se erigió allí esta última via de comunicacion, y en su consecuencia ha debido establecerse como por encanto.

Hé aqui lo que dice con relacion à esto M. Miguel Chevalier en sus cartas sobre América.

« Los americanos empezaron la canalizacion de su territorio el 4 de julio de 1817. En este dia se dió el primer golpe de azadon en el canal Erié. Hasta entonces solo habian hecho algunos trabajos insignificantes, que no merecen la pena de ser nombrados, tanto menos, cuanto que abortaron en su mayor parte. Pero desde aquel momento han abierto mas de 1500 leguas de cañales y abierto caminos de hierro con tanta inteligencia como actividad y enerjia. Hoy poseen ellos solos tantos canales y ferro-carriles, como toda la Europa junta.

(Continuará.)

POESIA.

A II.

Tú que en mis pobres versos
tienes los ojos fi jos
y sabes alma mia
cuánto por tí deliro.

Tú que sabes que el mundo,
es malvado, es inicuo
y goza cuando infunde
dolores y martirio,

Tú que sabes hermosa
cuán rápido y activo
de la pasion el fuego
brotó por mis sentidos,

Que sabes que mi boca
mil veces, mil te dijo
que eternos vivirian
mis mágicos delirios,

Tú, encanto de mi vida
obra del Sér divino
que de naturaleza
formara los prodigios,

Tú que eres el lucero
que en medio del camino
de mi angustiada vida
me alumbraba con su brillo,

¡Oh, no me desampares
yo por tu luz me guio
por la torcida senda
del mundo maldecido.

Yo en el oscuro centro
del triste laberinto
perdido fui buscando
en mi dolor alivio.

Y solo tú mi vida
tan solo tus hechizos
volvieron ¡ay! la calma
al pecho combatido.

El mundo rie imbécil
en báquico delirio
sin saber lo que valen
tu corazon y el mio.

La turba de los hombres
al tumultuoso ruido
de sus malditas fiestas
ahogan los suspiros
del corazon doliente
entre el placer perdidos.

Mas yo... yo te contemplo
como el luciente espíritu
que en mis ensueños baja
desde el brillante Empireo.

Y que en el alma mia
existes de continuo
siempre como el consuelo
que el cielo me predijo.

Siempre divina siendo
el ángel bendecido
que à consolar se acerca
mis bárbaros martirios.

Yo à ese mundo inhumano
mil veces le maldigo,
porque dejó mi pecho
con su rencor herido,

Porque intentó del tuyo
sofocar los latidos
y quiso rodearnos
de penas y peligros,

Porque intentó ponerme
cerca de un precipicio
y el corazon romperte
con alevosos tiros.

Y à tí, luz de mi vida,
estrella de mi seno,
lumbre de mis ojos,
à tí... yo te bendigo.

FRANCISCO LUIS DE RETES.

TEATROS.

CRUZ.

A las ocho de la noche.

Los señores Epifanio y Santiago Patron (hermanos) gimnásticos españoles que han merecido grande aceptación en los principales teatros de Europa, tendrán el honor de presentarse à ejecutar varios de sus mas distinguidos ejercicios, acompañados de otros, que ejecutará el señor Carrasco. El orden de la funcion será el siguiente.

- 1.º Sinfonia.
- 2.º La acreditada comedia en un acto, titulada.

NOCHE TOLEDANA

3.º Ejercicios primera parte. El señor Epifanio ejecutará los difíciles y vistosos juegos y equilibrios de las costas malabares de las bolas doradas, vilvoquets, cuchillos y jofainas, con distintas evoluciones no vistas en ningun otro, concluyendo esta parte con la lluvia ó cascada de las bolas de oro.

4.º La graciosa pieza en un acto, titulada.

UN LADRON MENOS.

2.º Ejercicios segunda parte, los

dos árabes por el señor Carrasco y el señor Potron menor, la estrapada por el señor Patron mayor, sobre las columnas de Hércules las suertes siguientes: brazos de hierro, cabeza de bronce, columna horizontal y las delicias de Hércules, concluyendo los ejercicios los dos hermanos con la gran lucha romana, en lo que imitarán siempre cuadros académicos.

NOTA. Antes de empezar la lucha romana bajará un telon supletorio à fin de desocupar el escenario.

6.º y último baile nacional.

PRINCIPE.

Hoy no hay funcion.

CIRCO.

A las ocho de la noche.

LA SILFIDE.

Gran baile en dos actos.

IMPRESA DE BOIX.